

El pan

Se despertó de golpe. Eran las dos y media. Se preguntó qué la había despertado. Ah, sí. En la cocina alguien se había chocado una silla. Aguzó el oído. Todo estaba calmo. Demasiado calmo, y al recorrer con la mano el otro lado de la cama, la encontró vacía. Por eso estaba todo tan calmo: faltaba su respiración. Se levantó y cruzó a tuestas la casa hasta la cocina. En la cocina se encontraron. El reloj marcaba las dos y media. Vio algo blanco frente a la alacena. Encendió la luz. Estaban uno frente al otro, en camisón. A la madrugada. A las dos y media. En la cocina.

Sobre la mesa estaba el plato del pan. Notó que se había cortado una rebanada. El cuchillo aún estaba al lado del plato. Y sobre el mantel había migas. A la noche, antes de ir a dormir, ella siempre sacudía el mantel. Todas las noches. Pero ahora había migas sobre el mantel. Y el cuchillo estaba allí. Sintió cómo lentamente le subía el frío desde las baldosas. Y apartó la vista del plato.

—Pensé que había algo —dijo él mirando a su alrededor.

—Yo también oí algo —respondió ella y le pareció que de noche y en camisón se veía muy viejo. Como el viejo que era, de sesenta y tres años. De día a veces parecía más joven. Qué vieja se ve, pensó él, en camisón parece mucho más vieja. Pero quizás es por el pelo. A la noche, en el caso de las mujeres, siempre es el pelo. Avejenta tanto y tan de golpe.

—Te tendrías que haber puesto los zapatos. Así descalzo sobre las baldosas frías. Te vas a resfriar.

No lo miraba porque no podía soportar que le mintiera. Que le mintiera después de treinta y nueve años de casados.

—Pensé que había algo —repitió y volvió a mirar desconcertado para todos lados—, oí algo y pensé que algo había.

—Yo también oí algo, pero no era nada. —Ella tomó el plato de la mesa y sacudió las migas del mantel.

—No, no era nada —repitió inseguro.

Ella acudió a su ayuda:

—Vamos. Seguro fue afuera. Vamos a la cama. Te vas a resfriar. Estas baldosas frías...

Él miró hacia la ventana.

—Sí, debe haber sido afuera. Pensé que era acá.

Levantó la mano hacia el interruptor. Tengo que apagar la luz ahora mismo; si no, voy a mirar el plato, pensó ella. No tengo que mirar el plato.

—Vamos —dijo y apagó la luz—, fue afuera. Cuando hay viento la canaleta golpea contra la pared. Seguro fue la canaleta. Siempre golpea cuando hay viento.

Los dos caminaron a tientas por el pasillo oscuro hasta la habitación. Los pies descalzos resonaban en el piso.

—Es el viento —dijo él—. Hubo viento toda la noche.

Ya en la cama, ella respondió:

—Sí, hubo viento toda la noche. Seguro fue la canaleta.

—Sí, yo pensé que era en la cocina. Pero era la canaleta.

—Lo dijo como si estuviese entredormido.

Pero ella sabía cómo sonaba su voz cuando mentía.

— Hace frío —dijo bostezando en silencio—, hay que taparse bien. Buenas noches.

—Buenas noches —y añadió—: Sí, hace mucho frío.

Luego, todo quedó calmo. Después de varios minutos lo escuchó masticar cauteloso y en silencio.

Respiró profundo y parejo para que no notara que aún estaba despierta. Pero masticaba tan monótono que al poco tiempo se quedó dormida.

Al día siguiente, cuando volvió a casa, le sirvió cuatro rebanadas de pan. Por lo general, solo había tres.

—Comé tranquilo las cuatro —dijo y se alejó de la lámpara—. Este pan no me cae muy bien. Comé vos una rebanada más. No me cae bien.

Vio cómo inclinó la cabeza sobre el plato. No alzaba la vista. En ese momento, le dio pena.

—No podés comer solo dos rebanadas —respondió, inclinado sobre el plato.

—Sí. A la noche me cae mal el pan. Comé. Comé. —Recién después de un rato se sentó ella a la mesa, bajo la lámpara.

Radi

Anoche vino Radi. Estaba como siempre: rubio y con una sonrisa en su cara blanda y ancha. También con sus ojos de siempre: algo temerosos y algo inseguros. Y también con el par de pelitos rubios en el mentón.

Todo como siempre.

Pero si estás muerto, Radi, dije.

Sí, respondió, por favor no te rías.

¿Por qué me reiría?

Ustedes siempre se reían de mí, lo sé. Porque apoyaba tan raro los pies y porque, camino al colegio, siempre hablaba de un montón de chicas que ni conocía. Siempre se reían de eso. Y porque fui siempre un poco miedoso, lo sé muy bien.

¿Hace mucho que estás muerto?, pregunté.

No, no tanto, dijo. Pero me mataron en invierno. No me pudieron enterrar bien. Es que estaba todo congelado. Todo duro como una piedra.

Cierto, te mataron en Rusia, ¿verdad?

Sí, ya en el primer invierno. Eh, no te rías, no es nada lindo estar muerto en Rusia. Todo me resulta tan extraño. Los árboles son tan extraños. Tan tristes, ¿sabés? Alisos, casi todos. Ahí donde quedé yo, solo hay tristes alisos. Y a veces también gimen las piedras. Porque son piedras rusas. Y los bosques gritan de noche. Porque son bosques rusos. Y la nieve grita. Porque es nieve rusa. Sí, todo es extraño. Todo es tan extraño...

Radi se había sentado en el borde de mi cama en silencio.

¿No será que odiás tanto todo porque es donde te toca estar muerto?, dije.

Me miró: ¿te parece? No creo, todo es tan terrible, tan extraño ¿sabés? Todo. Y se miraba las rodillas. Todo es tan extraño. Incluso uno mismo.

¿Uno mismo?

Sí, por favor no te rías. Ese es el problema. Uno mismo, tan terriblemente extraño. Por favor no te rías, es por eso que vine a verte esta noche. Quería hablarlo con vos.

¿Conmigo?

Sí, por favor no te rías, con vos. Vos me conocés bien, ¿no? Siempre lo pensé. No importa. Vos me conocés muy bien. Me refiero a mi aspecto. No a cómo soy. Es decir, vos conocés bien cómo me veo, ¿verdad?

Sí, sos rubio. Tenés la cara redonda.

No, decilo tranquilo, tengo una cara blanda. Ya los sé. Si-gamos...

Sí, tenés una cara blanda y ancha que siempre está sonriente.

Sí, sí. ¿Y mis ojos?

Tus ojos siempre fueron un poco... un poco tristes y raros...

No hace falta que mientas. Siempre tuve ojos temerosos e inseguros, porque nunca sabía si me creerían lo que decía sobre las chicas. ¿Qué más? ¿Tenía la cara siempre lisa?

No, no la tenías. Te asomaban un par de pelos rubios en el mentón. Pensabas que no se notaba, pero nosotros siempre los veíamos.

Y se reían.

Y nos reíamos.

Radi, sentado en el borde de la cama, se frotaba la palma de la mano en la rodilla. Sí, susurró, así era. Exactamente así.

Y de pronto me miró con sus ojos asustados. ¿Me harías un favor? Pero te ruego que no te rías. Vení conmigo, por favor.

¿A Rusia?

Sí, será rápido. Solo un instante. Es que me conocés tan bien, por favor...

Me tomó de la mano. Se sentía como la nieve. Muy fría. Muy suelta. Muy ligera.

Estábamos parados entre un par de alisos. En el suelo había algo claro. Vení, dijo Radi, ahí estoy yo. Vi un esqueleto humano, como el que conocía de la escuela. Al lado había un

pedazo de metal marrón verdoso. Ese es mi casco, dijo Radi, está todo oxidado y lleno de musgo.

Y después señaló el esqueleto. Por favor no te rías, dijo, ese soy yo. ¿Lo podés entender? Vos me conocés bien. Decímelo vos, ¿es posible que eso que está ahí sea yo? ¿Te parece? ¿No te resulta terriblemente extraño? No tiene ningún parecido conmigo. No se me reconoce en nada. Pero soy yo. Tengo que serlo. Pero no lo entiendo. Es tan terrible, tan extraño. Eso no tiene nada que ver con lo que yo era antes. No, por favor no te rías, pero todo esto me resulta tan terrible y extraño, tan incomprensible y remoto.

Se sentó en el suelo oscuro con la mirada triste y perdida. No tiene nada que ver con lo que era antes, dijo, nada, nada que ver.

Después tomó con sus dedos un poco de la tierra oscura y la olió. Extraño, susurró, muy extraño. Me acercó la tierra. Era como la nieve. Como su mano, con la que me había tomado antes: muy fría. Muy suelta. Muy ligera.

Olé, dijo.

Inhalé profundo.

¿Y?

Tierra, dije.

¿Y?

Un poco acre. Un poco amarga. El olor a tierra.

Pero también extraña, ¿no? Muy extraña. Y asquerosa, ¿verdad?

Inhalé profundo. La tierra olía fría, suelta y ligera. Algo acre. Algo agria.

Huele bien, dije. A tierra.

¿Y no repugnante? ¿Y no extraña?

Radi me miró con ojos asustados. Pero si huele tan asquerosa.

Olí.

No, así huele siempre la tierra.

¿Seguro?

Sí.

¿Y no te parece asquerosa?

No, no, de verdad que huele muy bien, Radi. Olela otra vez.

Tomó un poco entre la yema de los dedos y olió.

¿Así huele siempre la tierra?

Sí, siempre.

Inhaló profundo. Hundió bien la nariz en la mano con tierra y respiró. Luego me miró. Tenés razón, dijo. Quizás sí huele muy bien. Pero sigue siendo extraño si pienso que eso ahí soy yo, tan terriblemente extraño.

Radi estaba sentado y olía y se olvidó de mí y siguió oliendo y oliendo. Y decía cada vez menos la palabra extraño. Cada vez la decía más bajito. Siguió oliendo y oliendo.

En ese momento regresé en puntas de pie a casa. Eran las cinco y media de la mañana. En los patios delante de las casas se veía por todos lados la tierra entre la nieve. Y con los pies desnudos pisé la tierra oscura entre la nieve. Estaba fría. Y suelta. Y ligera. Me levanté e inhalé profundo. Sí, olía. Huele bien, Radi, susurré. Huele muy bien. Huele a tierra de verdad. Quedate tranquilo.

El reloj de cocina

De lejos ya lo veían acercarse al banco, llamaba la atención. Tenía una cara muy vieja, pero por su forma de andar se podía ver que tenía solo veinte años. Con su cara vieja, se les sentó al lado. Y les mostró lo que llevaba en la mano.

Este era nuestro reloj de cocina, dijo y miró uno por uno a todos los que estaban sentados al sol en el banco. Sí, lo pude encontrar. Es lo que quedó. Sostenía ante sí un reloj redondo y blanco como un plato mientras pasaba el dedo por los números pintados de azul.

Nunca tuvo mucho valor, dijo disculpándose, lo sé muy bien. Y no es muy lindo que digamos. Es solo como un plato, así, de color blanco. Pero los números azules sí que se ven muy lindos, creo. Obvio que las agujas son solo de chapa. Y ahora ya no anda más. No. Está roto por dentro, eso está claro. Pero se ve igual que siempre. Aunque ahora no ande más.

Hizo un círculo cuidadoso con la punta del dedo por todo el marco del reloj de plato. Y dijo en voz baja: Y es lo que quedó.

Los que estaban sentados al sol en el banco no lo miraban. Uno miraba sus zapatos, y la señora, al cochecito. Luego alguien dijo:

¿Pero perdió todo?

Sí, sí, respondió alegre, imagínese: ¡absolutamente todo! Solo esto de acá, esto quedó. Y levantó de nuevo el reloj como si los otros todavía no lo conociesen.

Pero si ya no anda, dijo la señora.

No, no, eso no. Está roto, ya lo sé. Pero fuera de eso sigue estando igual que siempre: blanco y azul. Y de nuevo les mostró su reloj. Y lo más lindo, continuó emocionado, eso todavía ni se los conté. Es que ahora viene lo más lindo. Imagínense, está parado a las dos y media. Precisamente a las dos y media, ¡Imagínense!

Y, es que seguro en su casa cayó a las dos y media, dijo el hombre dándose importancia. Ya lo he escuchado varias veces. Cuando una bomba explota, se detienen los relojes. Es por la presión.

Miró su reloj y sacudió la cabeza con mucha seguridad. No, estimado, no, ahí se equivoca. No tiene nada que ver con las bombas. No hable siempre de bombas. No. A las dos y media pasaba algo muy distinto, solo que usted no lo sabe. De hecho, esa es la gracia, que justo se haya parado a las dos y media. Y no a las cuatro y cuarto o a las siete. Es que yo volvía siempre a casa a las dos y media. De la noche, me refiero. Casi siempre a las dos y media. Esa es precisamente la gracia.

Él se fijó en el resto, pero ellos le habían apartado la mirada. No las encontró. Entonces, asintió mirando el reloj:

Obviamente tenía hambre a esa hora, ¿no? Y siempre iba directo a la cocina. Y ahí eran siempre casi las dos y media. Y después, después llegaba mi mamá. Por más despacio que abriera la puerta, ella siempre me escuchaba. Y cuando buscaba algo para comer en la cocina a oscuras, de repente se prendía la luz. Ahí estaba ella con su saco de lana y una bufanda roja. Y descalza. Siempre descalza. Y eso que nuestra cocina era de baldosas. Y achinaba mucho los ojos porque la luz era muy fuerte. Porque claro, había estado durmiendo. Ya era de noche.

De nuevo tan tarde, decía. Nunca decía nada más. Solo: De nuevo tarde.

Y después me calentaba la cena y me miraba comer mientras se frotaba los pies entre sí, porque las baldosas estaban muy frías. De noche nunca usaba pantuflas. Y se quedaba conmigo hasta que me llenara. Y después, cuando ya había apagado la luz de mi cuarto, todavía la escuchaba guardar los platos. Todas las noches eran así. Y en general siempre a las dos y media. Todo me parecía muy normal, que me hiciera la comida en la cocina a las dos y media de la noche. Creía que eso era bastante normal. Si siempre lo hacía. Y nunca dijo

nada más que “de nuevo tan tarde”. Pero eso lo decía todas las veces. Y pensé que nunca se terminaría. Era tan normal para mí. Es que todo esto siempre había sido así.

Por un instante hubo mucho silencio en el banco. Luego dijo por lo bajo: ¿Y ahora? Miró al resto. Pero no los encontró. Entonces le dijo por lo bajo a la cara redonda, azul y blanca del reloj: Ahora, ahora sé que eso era el paraíso.

En el banco hubo mucho silencio. Luego la mujer preguntó: ¿Y su familia?

Les sonrió tímidamente: Ah, ¿se refiere a mis padres? No, ellos ya no están tampoco. No queda nada. Nada, imagínese. Nada.

Les sonrió tímido, a cada uno. Pero no lo miraron.

Entonces levantó de nuevo el reloj y rio. Rio: Solo esto de acá. Esto quedó. Y lo más lindo es, claro, que se paró precisamente a las dos y media.

Precisamente a las dos y media.

Y ya no dijo nada más. Pero tenía una cara muy vieja. Y el hombre que estaba sentado a su lado se miraba los zapatos. Pero no veía sus zapatos. Seguía pensando en la palabra paraíso.